

Apéndice 2

Desarrollo sostenible y buen gobierno, la estabilidad global como resultado

*Domingo Jiménez-Beltrán**

La inestabilidad como desafío creciente. Las condiciones para el cambio

Dice Luis Rojas Marcos¹ que «la esperanza es el pan del alma», haciendo una llamada a abrir expectativas para superar la situación que él define como de creciente «sensación de incertidumbre, conciencia de vulnerabilidad, sentimiento de inseguridad», por más que estos conceptos los entienda como parte de la definición de quiénes somos.

Es cierto que el hombre tiene, cada vez más, en sus manos la posibilidad de provocar estos sentimientos, ya sea a través del terrorismo organizado, o lo que Manuel Castells² llama la economía del crimen organizado, pero también a través de una mayor accesibilidad a las tecnologías de doble uso dentro de una globalización, sobre todo económica, que permite mayor movilidad y permeabilidad en las antiguas fronteras.

A esto no son ajenos los gobiernos, que pueden mayorar estos sentimientos para explotarlos con fines geoestratégicos o incluso económicos, con intervenciones bélicas o bélicas preventivas, ya que en estas situaciones parecen rebajarse las exigencias de legitimación o incluso producirse una relajación de los derechos básicos.

También es cierto que, a veces, la propia naturaleza nos devuelve en forma de catástrofes naturales anticipadas nuestra propia prepotencia tecnológica o avasalladora de la naturaleza, en forma de inundaciones de zonas inadecuadamente o incluso ilegalmente urbanizadas, o de

* Asesor de la Oficina Económica del presidente del Gobierno de España. Ex director de la Agencia Europea de Medio Ambiente.

accidentes marítimos de buques y mercancías inseguras, o de alteraciones de la salud por haber afectado seriamente a la calidad del medio ambiente o a la cadena alimentaria, al aire que respiramos, al agua que bebemos y a los alimentos que ingerimos.

Del mismo modo que la naturaleza nos recuerda de vez en cuando y sin, necesariamente, una intervención directa del hombre, como ha sido el caso del reciente desastre del maremoto en el sudeste asiático, su enorme poder, que nos alerta de que en cualquier caso tenemos que funcionar en condiciones de incertidumbre y no sólo preventivas en cuanto a los riesgos posibles conocidos o anticipables.

¿Qué podemos hacer para superar en lo posible esta situación? Para que los logros conseguidos en materia de calidad de vida en una parte del mundo, y extrapolables al resto, no queden cercenados por estas sensaciones crecientes de vulnerabilidad, inseguridad e incertidumbre, o por lo que ha sido definido como el «síndrome de indefensión aprendida» al que nos conduciría lo que Vicente Verdú califica como «vivir en un futuro discontinuo» en el que «el accidente se ha convertido en la circunstancia central» y que según Luis Rojas Marcos nos lleva a buscar el «equilibrio entre la esperanza que nos alienta —a vivir mejor— y el miedo que nos perturba».

Y en particular, ¿qué podemos hacer teniendo en cuenta los enormes recursos tecnológicos, de información y conocimiento que nos parece proponer la sociedad de la información y la propia globalización? Por el momento, ambas parecen tomar la forma de un capitalismo informatizado y globalizado que tendría efectos perversos, como denuncia el propio Manuel Castells,² al aumentar los procesos de diferenciación social (mayores desigualdades, polarización socioeconómica o crecimiento de los extremos «have-have not»), incrementar la pobreza (e incluso la pobreza abyecta y la miseria), y alterar los procesos de relaciones laborales (individualización del trabajo, sobreexplotación de ciertos grupos sociales, exclusión social, e integración perversa de la economía global del crimen). Capitalismo informatizado y globalizado ante el que las formas actuales de Gobernanza o de no Buen Gobierno no parecen tener una respuesta, si entendemos por Gobernanza, según la Comisión Europea,³ el conjunto de «normas, procesos y comportamientos institucionales que influyen en el ejercicio de los poderes para respetar los principios de apertura y transparencia, participación pública, responsabilidad y rendimiento de cuentas, eficacia y coherencia». En definitiva, las reglas del juego democrático.

Con esta reflexión se pretende analizar esta situación de inestabilidad, los desafíos y amenazas que la conforman y tratar de identifi-

car lo que serían las condiciones para el cambio, las cuales encontrarían un referente esperanzador a nivel global en los procesos iniciados en la UE.

Necesitamos un cambio de paradigma en el modelo de desarrollo a auspiciar como modelo de futuro, y, hasta el momento, el concepto de «desarrollo sostenible» es el que ha parecido concitar un acuerdo generalizado. Sin embargo, no se están produciendo avances sustanciales en el mismo, debido a que no se dan las mínimas condiciones para el cambio, que estarían relacionadas con las capacidades institucionales para gestionarlo y propiciarlo y que se recogen bajo el concepto de Gobernanza o Buen Gobierno.

El progreso en el Buen Gobierno, a todos los niveles, y simultáneamente en un desarrollo más sostenible (van indisolublemente unidos), haría redundantes los planes y programas de erradicación de la pobreza (como objetivo en sí mismo y ciertamente ineficaz a través de la Ayuda Oficial al Desarrollo, AOD) y en gran parte los programas de seguridad, e incluso, de lucha contra el terrorismo, al eliminar o reducir sustancialmente muchos de los procesos que los alimentan, como los mencionados anteriormente, como efectos colaterales perversos del llamado capitalismo informatizado y globalizado.

Necesitamos responder a un concepto más amplio de seguridad que supere el de ausencia de amenazas para las personas y abarque la satisfacción de las necesidades básicas, incluidas las de un medio ambiente más saludable.

Necesitamos integrar los desafíos ambientales y ecológicos en el marco más amplio del desarrollo sostenible, con el fin de eliminar los falsos dilemas entre las dimensiones económicas (incluido el mercado), sociales (incluyendo la erradicación de la pobreza) y ambientales y ecológicas (incluidas también como necesidad y derecho básico). El paradigma del desarrollo sostenible, por su carácter integrador, puede hacer redundantes muchas de las políticas y programas medioambientales, como ya se ha demostrado en los trabajos de la Agencia Europea de Medio Ambiente, que ha pasado a informar sobre la sostenibilidad de las políticas económicas y sectoriales como sistema de información eficaz para la mejora real del medio ambiente.

¿Es otro mundo necesario y posible?

Hoy más que nunca tiene vigencia la afirmación de Albert Einstein «el mundo no evolucionará, no superará su situación normal de crisis, usando la misma forma de pensar que creó la situación».

En ocasiones, tenemos que preguntarnos si realmente estamos ocupados en mantener las cosas mal y si esta ocupación, por lo demás febril e intensa, e incluso eficaz y eficiente al respecto, es la fuente de todas las preocupaciones, de nuestros sentimientos crecientes de vulnerabilidad, inseguridad e incertidumbre.

Algo estamos haciendo mal cuando nuestra potencia tecnológica, de capacidad de organización y de desarrollo del conocimiento no nos da para más, sino incluso para menos y, sobre todo, peor o de menor calidad. Como sentenciaba Rosa Montero en una de sus columnas, «el mundo está obviamente fatal y urge que lo repensemos por completo» (*El País*, 12 de octubre de 2004).

Es este repensar el que nos invita a profundizar en esta nueva lógica de la sostenibilidad y la Gobernanza para poder además superar la conversión creciente de nuestra capacidad de conocimiento, de nuestros enormes progresos tecnológicos, en lo que algunos científicos definen como dispositivos protésicos, o remiendos ante la ausencia de un proyecto de futuro integral, integrador e inclusivo. Como concluye E.O. Wilson,⁴ «en la medida en que dependamos de dispositivos protésicos para mantenernos vivos y mantener viva la biosfera, lo tornaremos todo frágil. En la medida en que proscribamos al resto de los seres vivos, empobreceremos nuestra propia especie para toda la eternidad».

La idea es aceptar el desarrollo sostenible como concepto y marco básico y aceptar la Gobernanza o Buen Gobierno como el instrumento o condición para el cambio ya que, parafraseando a Wangari Maathai, «sin democracia no hay medio ambiente». Del mismo modo, podemos concluir que sin Buen Gobierno no hay desarrollo sostenible.

Un antiguo vicepresidente del Banco Mundial lo decía a sensu contrario, «con corrupción no hay desarrollo sostenible», y tendríamos que añadir que con la actual forma de capitalismo informatizado global tampoco, aunque es posible que algo se pueda hacer al respecto para reconducirlo.

Curiosamente, todo ello implica poner el conocimiento, el buen conocimiento, al servicio de una buena causa, de un desarrollo de futuro y con futuro, ya que como se dice en *Alicia en el país de las maravillas*, «si no sabes dónde vas cualquier camino te llevará allí». Se trata de tener propósito, visión y sentido de la dirección y en eso puede abundarse al desarrollar el paradigma del «desarrollo sostenible» como un «desarrollo basado en el conocimiento». Lo que puede ser traducido como necesario, incluso en puros términos económicos y de calidad de vida «hay un amplio acuerdo en torno a la idea de que sólo la generación (¿y el uso?) del conocimiento propio puede asegurar el mantenimiento

de la economía española y el bienestar de sus ciudadanos», (*El País* Editorial «Generar conocimiento» 21/08/04).

Para anticipar el futuro desde el presente, nos puede ayudar el hacernos algunas preguntas de nuestro presente desde el futuro, en términos de sostenibilidad ambiental:

¿A quién se le ocurrió quemar gran parte de las materias primas fósiles y, sabiéndolo, provocar un cambio climático sin precedentes?

¿Cómo la primera generación capaz de acabar con la pobreza (Jeffrey Sachs. Informe para Naciones Unidas, en preparación) consiguió en el período 1960-2000 hacer más ricos a los que ya lo eran (el 20% pasa de tener el 70% al 86% de la riqueza) y más pobres a los que también lo eran (el 20% pasa de tener el 3,3 al 1,3%), con 1.000 millones de seres humanos en pobreza abyecta al final del segundo milenio, según datos del Banco Mundial?

¿Cómo podía la nación más rica (25%) destinar 30 veces más al gasto militar que a la cooperación al desarrollo, con 1.200 millones de personas sin acceso a agua potable y 2.000 millones sin saneamiento?

¿Cómo pudieron en el siglo XX y XXI diseñar un sistema productivo que, según Bill McDonough,⁵ «usó la atmósfera, el agua y el suelo para verter sus residuos tóxicos; produjo materiales y residuos tan peligrosos que obligaron a las futuras generaciones a cuidarlos; produjo montañas de residuos y enterró materiales valiosos de difícil recuperación; produjo prosperidad extrayendo los recursos naturales para luego quemarlos o enterrarlos; degradó gravemente la diversidad biológica y cultural y midió la productividad por el trabajo de unos pocos?

¿Cómo pudieron los seres humanos afectar tan seriamente a su propia seguridad ecológica, degradar su propia casa u «oikos»? En definitiva, degradación de la cadena trófica, de nuestro cordón umbilical, del aire que respiramos y respiran los seres vivos, del agua que bebemos, beben los seres vivos y alegra nuestros ríos, de los alimentos que tomamos y, del entorno en general, de nuestros recursos naturales, suelos, bosques, costas, recursos fósiles que sólo merecen llamarse combustibles fósiles cuando son materias primas que la Tierra ha ido atesorando durante millones de años, de los procesos y ciclos de la naturaleza, de los procesos naturales productivos y de renovación continuada de nuestro entorno, el clima, el ciclo hidrológico, los ciclos del carbono, nitrógeno, fósforo...

¿Cómo en el siglo XX y XXI se pudieron manejar tan alegremente todas esas cifras tan manidas de la degradación ambiental o de la seguridad ecológica que amenazaría a nuestra seguridad económica? ¿O realmente pensaron lo contrario? El consumo de energía en el mundo ex-

perimentó un crecimiento significativo y, a pesar de ello, 2.000 millones de personas no tenían acceso a servicios adecuados y asequibles. El consumo de agua aumentaba cada año de un 2% a un 3%, mientras el 20% de la población mundial no tenía acceso a fuentes de agua potable con garantía y hasta el 50% no tenía acceso a instalaciones de saneamiento adecuadas, y que, como señalaba Naciones Unidas, todo se debía a una crisis de gestión.⁶ Los suelos se seguían degradando, con pérdidas de 5 o 6 millones de hectáreas cultivables al año y del 0,65% de los bosques en países en desarrollo. Un 44% de los stocks más importantes de pesca estaban totalmente explotados, un 16% están sobrexplotados y un 6% adicional muy mermados. Datos y más datos que mostraban hasta qué punto se sabía lo que pasaba.

En el contexto actual, más que de nuevos desafíos, hay que hablar de nuevas formas de los mismos y de nuevas estrategias para enfrentarnos a desafíos que corren el riesgo de agravarse y perpetuarse. Y hay que hablar de sus conexiones crecientes (por una mayor vulnerabilidad del medio y mayor capacidad destructiva del aparato militar en lo referente a degradación del territorio y de los recursos naturales) con los impactos de los conflictos bélicos que pueden entrar en procesos de realimentación en particular, cuando están en juego recursos escasos o limitados como el agua (situación en Oriente Medio, en la que el agua puede ser un factor decisivo para la pacificación) o los alimentos, o se plantean situaciones de contaminación transfronteriza.

¿Y cuál sería la percepción de nuestra respuesta desde el futuro?

Que intentaron «luchar» contra esos llamados problemas. Lucha contra la contaminación atmosférica, contra el cambio climático, la erosión y desertificación. Lucha..., lucha..., lucha. Que emprendieron verdaderas cruzadas contra lo que en realidad generaban ellos mismos. Que su reacción frente a los desafíos de seguridad ecológica que crearon ellos mismos era reactiva, de final de línea, correctora y no preventiva.

¿Y por qué? Porque se recrearon en sus desafíos, porque, de hecho, les encantaba mantenerse ocupados en mantener las cosas mal, como parte de un pensamiento lineal y, además, resultaba beneficioso para una economía viciada, una economía que curiosamente crecía con los desvaríos ecológicos y ambientales, como creció el PIB en la zona de Alaska, donde se produjo el accidente del Exxon Valdez, o como crecía el PIB con los accidentes de automóviles, o con el consumo compulsivo (que de hecho era el recurso cuando se debilitaba la economía) o con la compra de viviendas y automóviles.

¿Y cómo se verían estos desafíos si nos salimos de la lógica que los crea y que nos hace recrearnos con su permanencia? ¿Cómo se verían

si salimos de la caja del pensamiento único y nos acercamos con la lógica de la sostenibilidad, con la lógica del conocimiento?⁷

Éste puede ser un ejercicio peligroso, no sólo porque hoy la gimnasia menos practicada es la intelectual, porque es la más dura, la de sentarse ante una página en blanco, sino también porque deja desnudo al emperador (como en el cuento de H.C Andersen), es decir, al sistema político o *establishment*, que vive mejor extrañando al conocimiento y sometándose a las ganancias o rentas políticas del corto plazo, con lo cual se llega a tomar decisiones y aprobar planes y políticas que vulneran la racionalidad del conocimiento o la lógica de la sostenibilidad y aun más allá.

Se llega a tomar decisiones acogidas al famoso síndrome, por lo practicado, que es el de la falsa certeza, síndrome basado en establecer certezas necesarias e interesadas en base a una información, cuando menos dirigida, y cuando no construida o hasta falseada, por cuanto a falta de razones objetivas (se sustituye el imperio de la razón por las sinrazones del Imperio), se pretendería imponer decisiones consumadas o predeterminadas envueltas en la falsa certeza del poder o de la manipulación mediática (la mentira que repetida cien veces se convierte en verdad). Se pasa de la decisión informada a la información decidida o amañada.

Si se aplica esto a lo que ha supuesto en materia de seguridad la guerra de Iraq (cuyas pruebas, entonces ciertas, ahora se certifica que no existieron), a lo que fue y ha seguido siendo hasta hace poco en materia laboral los efectos del amianto, negados durante casi cien años, a los episodios en materia alimentaria del aceite de colza en España o de las vacas locas en Europa y multitud de casos más, comprobaremos cómo la falsa certeza supera en uso y abuso, en muchas ocasiones, al recurso al conocimiento o incluso al reconocimiento de la ignorancia o incertidumbre que, como decía Sócrates, puede ser fuente de saber.

Así que algo tan de sentido común como es el recurrir a lo que sabemos antes de decidir y actuar, sigue sin ser lo más común, sobre todo cuando hay intereses estratégicos en juego, lo que nos llevaría a decir que, en muchos casos, ese capitalismo informatizado que parece cualificar a la globalización no es ni siquiera un capitalismo informado.

Como conclusión, es necesario reivindicar el conocimiento y la racionalidad también en la toma de decisiones. Eso y no más es la lógica de la sostenibilidad, entrar en procesos de desarrollo sostenible. Pero, ¿estamos dispuestos a hacerlo cuando hay una realidad atroz que requiere toda nuestra atención? Parece que no.

¿Estamos dispuestos a entrar en un planteamiento prometedor, en un esquema de futuro y con futuro? Todavía no, porque hay una gran

parte de nosotros que pesca en el río revuelto de la inseguridades ecológicas y de las inestabilidades e incertidumbres de todo tipo que nosotros mismos creamos, de los desafíos que nosotros mismos conformamos para beneficiarnos en el entretenimiento de la lucha reactiva, y no preventiva, contra ellos.

Como ha afirmado el cantautor y gran estrella del rock, Bono, empeñado en la cruzada contra la pobreza, «tenemos los recursos económicos, tenemos los medicamentos, tenemos la ciencia, pero ¿tenemos el propósito? ¿Tenemos el propósito de que la pobreza pase a la historia?

En el año 2005 coinciden muchas iniciativas y eventos que deben, al menos, confirmar este propósito de erradicación de la pobreza y de progreso en la estabilidad global:

A nivel del UE, la aprobación y posterior entrada en vigor del nuevo Tratado por el que se establece una Constitución para Europa, que refuerza el objetivo de desarrollo sostenible para la UE y su contribución a su logro a nivel global. Además, la revisión de la Agenda Socioeconómica de Lisboa y de la Estrategia de Desarrollo sostenible de Gotemburgo y de su dimensión externa, piezas clave de la aplicación del objetivo comunitario de desarrollo sostenible.

A nivel global, la Cumbre especial de la Asamblea General de Naciones Unidas en septiembre de 2005 para revisar el progreso (o más bien su falta) en los llamados Objetivos del Milenio (en materia de erradicación de la pobreza —reducción a la mitad en 2015—, a lo que contribuirá el estudio de Jeffrey Sachs al respecto, acceso al agua y saneamiento...) aprobados en 2000. Además de la reunión previa del G8 en julio, para la que su anfitrión, Tony Blair, ha señalado como prioridades la reducción de la pobreza y el cambio climático, y de la OMC en diciembre, en Hong Kong, que se espera progrese en la liberalización del mercado global en formas que favorezcan a los países menos desarrollados.

No van a faltar ocasiones ni para reforzar los más bien flojos compromisos políticos ni, sobre todo, para establecer los medios y los recursos necesarios, que no siempre son financieros, como en el caso de las barreras al libre comercio o al comercio justo.

En busca de un consenso y concepto amplio en seguridad colectiva. Visiones y carencias desde Naciones Unidas

Naciones Unidas acaba de publicar el resultado⁸ de las reflexiones del Grupo de Alto Nivel sobre las amenazas, los desafíos y el cambio, al

que el secretario general Kofi Annan pidió que evaluara las actuales amenazas a la paz y a la seguridad internacional y «formulara recomendaciones para que Naciones Unidas pudiera proporcionar seguridad colectiva para todos en el siglo XXI».

Sorprende el consenso alcanzado por estos expertos de alto nivel (presidido por el ex primer ministro de Tailandia Annad Panyarachum, e integrado por personalidades como Gro Harlem Brundtland, Enrique Iglesias o Yevgeny Primakov) en cuanto a la adopción de un concepto más amplio de seguridad colectiva (incluyendo aspectos innovadores de seguridad biológica) y, sobre todo, en cuanto a la necesidad de comprender la relación que existe entre las amenazas.

El informe niega absolutamente la idea propugnada por algunos estados de que se pueden encarar aisladamente cuestiones como el terrorismo o la pobreza extrema, y apoya la tesis de que el desarrollo (y dentro de éste el logro de los Objetivos del Milenio como mínimo) es el fundamento indispensable de una nueva seguridad colectiva que requiere, ciertamente, de un tratamiento preventivo, además de acudir a las emergencias (centrar la atención en impedir la aparición de nuevas amenazas) y que exige el progreso en lo que llamaríamos Gobernanza Global. Para ello, es indispensable contar con estrategias colectivas, instituciones colectivas y un sentido de responsabilidad colectiva.

El informe confirma la tesis de que estabilidad, desarrollo (sostenible para que no amplifique o genere nuevas amenazas) y Gobernanza o Buen Gobierno van indisolublemente unidos aunque con una cierta prelación, ya que la construcción de la Gobernanza a todos los niveles sería una condición para el cambio, que a su vez se mediría por el progreso hacia un desarrollo más sostenible o globalización más sostenible, que traería como resultado una mayor estabilidad o seguridad colectiva y que no tiene sentido buscarla como objetivo específico sino se crean las condiciones para lograrla.

Interesa retomar la definición de amenaza internacional propuesta en el informe como «proceso que causa muertes en gran escala o una reducción masiva de las oportunidades de vida y que socava el papel del Estado como unidad básica del sistema internacional». Asimismo, interesa recordar y repetir la lista consecuente de mayores amenazas: económicas y sociales (pobreza, enfermedades infecciosas, degradación ambiental); conflictos entre estados; conflictos internos de gran escala; proliferación de armas nucleares, radiológicas, químicas y biológicas; terrorismo y delincuencia internacional organizada. Lista en la que parece haber consenso, aunque se suele añadir la inestabilidad financiera y concretar la amenaza ambiental en el cambio climático.

El informe argumenta, como razones para el establecimiento de un sistema de seguridad colectiva (que incluye la reconstrucción del sistema), que las amenazas actuales no respetan fronteras, que están relacionadas entre sí y que deben encararse a nivel mundial, nacional y regional, además de la necesidad de evitar planteamientos unilaterales que puedan llevar a algunos estados a no compaginar la protección de su propia población con no causar daños a otros.

El informe también señala que las diferencias de poder, riqueza y geografía determinan nuestra sensación de lo que constituye la amenaza más grave a nuestra supervivencia y bienestar y que la falta de equidad en las respuestas acentúa las divisiones haciendo que muchos piensen que el sistema de seguridad actual es simplemente un sistema para proteger a los más ricos y poderosos. Todo este análisis crítico hará difícil lograr el consenso que el informe propugna sobre el significado y responsabilidades de la seguridad colectiva.

Estamos, sin duda, ante un informe que puede marcar un hito como en su día lo hizo el de la Comisión Brundtland de Naciones Unidas sobre desarrollo sostenible, sólo que esta vez se plantea de forma aun más urgente, por cuanto la insostenibilidad ha aumentado y con ella las desigualdades. Como confirma el informe, «nuestra época se caracteriza por una relación sin precedentes entre las amenazas a la paz y seguridad internacionales y una vulnerabilidad mutua entre fuertes y débiles» y son necesarios grandes cambios para que Naciones Unidas pueda garantizar la seguridad colectiva de todos en el siglo XXI.

La única dificultad es que el informe se queda corto para poder ser cualificado como documento estratégico, por cuanto se centra finalmente en los cambios necesarios en Naciones Unidas para hacer frente a las amenazas con mayor eficacia, eficiencia y equidad.

Aun así, es necesario desarrollar algunas de las recomendaciones de este informe, sobre todo, en lo referente a las amenazas socioeconómicas, la pobreza, las enfermedades infecciosas y la degradación ambiental, que son su objeto prioritario y se refieren en particular a los siguientes aspectos:

- Necesidad de comprometer a los estados con la promoción de un desarrollo sostenible.
- Calendario para alcanzar el 0,7% en AOD. (Reflejado en la Hoja de Ruta que acaba de presentar el secretario general de Naciones Unidas para acercarnos a los Objetivos del Milenio. (Nueva York, 17 enero 2004).
- Conclusión de la ronda de Doha de la OMC.

- Renegociación de la deuda y acceso a los mercados mundiales.
- Recursos suficientes (10.000 millones dólares/año, multiplicando por cinco la cantidad actual) para contener la pandemia de VIH/sida como gran amenaza a la paz y seguridad internacional.
- Reconstrucción de los sistemas locales y nacionales de salud pública.
- Recursos para la Red Mundial de Alerta y Respuesta ante brotes epidémicos.
- Incentivos para fuentes de energía renovables.
- Eliminación de subsidios nocivos para el medio ambiente y, en particular, en relación con los combustibles fósiles.
- Necesidad de una nueva estrategia a largo plazo para reducir el calentamiento atmosférico global más allá de los plazos del Protocolo de Kioto.

Quizás el informe agota lo que Naciones Unidas, en su situación actual, puede hacer, y no sería poco si se consiguiese responder a las recomendaciones del informe, pero es muy posible que si retomamos su conclusión de contar con estrategias colectivas, instituciones colectivas y un sentido de responsabilidad colectiva podríamos ahondar en un planteamiento que superase el marco del informe, para adentrarnos en las condiciones para un cambio radical en las condiciones de Gobernanza a nivel global. Condiciones que se pueden citar a guisa de provocación, pero que han sido ya apuntadas por altos mandatarios en los Foros Internacionales y que responderían a una recomendación de gran calado del informe que es necesario reiterar, «la indispensabilidad de contar con estrategias colectivas, instituciones colectivas y un sentido de responsabilidad colectiva» y que podría concretarse en la necesidad de un mínimo Gobierno Global y una mínima fiscalidad global.

Tenemos, ciertamente, los medios, en términos económicos, para este cambio radical, pero además de la necesidad de movilizarlos e instrumentarlos adecuadamente, la diferente experiencia en Asia y África muestra hasta qué punto las capacidades institucionales o de Buen Gobierno (ciertamente incompatibles con la corrupción) son básicas para el cambio, como lo es para los países más desarrollados favorecerlas (respetando las reglas internacionales) y no aprovecharse de las mismas o incluso propiciarlas, como suele ser el caso.

En cuanto a los medios, muchos piensan que con el incremento de la Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD), que sigue estando bajo mínimos, la condonación, incluso masiva, de la deuda y la liberación del

mercado global, en particular de productos agrícolas, producirá un cambio radical de la situación (*The Economist*, 8 de diciembre 2004).

Algunos pensamos que eso está de acuerdo con el objetivo de, al menos, trasladar al enfermo mundo el juramento hipocrático de «en primer lugar no hacer daño». Pero, incluso llevando este propósito al límite, no será suficiente para propiciar un progreso eficaz y eficiente a largo plazo.

Es necesario crear unas condiciones estructurales a nivel global que corrijan de forma continua y casi automática las desigualdades y cortoplacismo de un mercado cada vez más global y que tiene que ir forzosamente acompañado, lo mismo que lo hace a nivel de cada Estado, por capacidades en materia de Gobernanza (o Institucionales) y sobre todo presupuestarias, en cuanto a financiación de un sistema social para hacer frente a las necesidades básicas (educación, sanidad, infraestructuras...) y de cohesión social e incluso emergencias, aprovisionado básicamente mediante una fiscalidad progresiva.

Lo mismo que decimos a nivel de Estado, que no habrá desarrollo sostenible, que no habrá economía de mercado sostenible sin Buen Gobierno y sin una fiscalidad también sostenible, se puede decir que no habrá globalización y mercado global sostenible sin mejorar las capacidades de gobernabilidad a nivel global y sin algún tipo de fiscalidad global que supere el voluntarismo y la mezquindad con que se aprovisionan los fondos globales o en general se aplica la AOD. Por supuesto, un primer paso que empieza a tener apoyos en el contexto de la UE sería que esta ayuda se canalizase a través de una Capacidad Financiera Internacional para mejorar su eficacia y eficiencia.

¿Podemos imaginarnos un sistema social y un presupuesto nacional que se nutriese de contribuciones voluntarias, volubles y precarias de los ahora contribuyentes obligados? ¿Por qué seguimos aferrándonos a los actuales esquemas a nivel internacional, cuando la globalización de la economía y del mercado ha establecido situaciones en las que al cortoplacismo y las desigualdades hay que enfrentarse con capacidades similares, al menos cualitativamente, a las que consideramos indispensables a nivel nacional o ahora de la UE? (Por cierto, aquí también se nota una carencia en materia de fiscalidad o falta de una fiscalidad comunitaria, pero esto es otra historia.)

Sería deseable que en 2005 se llevaran a cabo avances en este sentido, porque, de otra manera, seguiremos en las operaciones de maquiillaje y autobombo y autosatisfacción. El análisis crítico de la gestión de la catástrofe en el Sudeste Asiático puede dar mucho de sí cara a establecer sistemas permanentes más capaces a nivel global y no tener que improvisar tanto.

Ocasiones, como se ha señalado, no nos van a faltar, ni tampoco ideas. El propio presidente Chirac, además de ser uno de los mandatarios que junto con el canciller Schroeder y el presidente Zapatero han abogado en materia de terrorismo por erradicar algunas de las causas básicas de las que se nutre (como la pobreza y las injusticias y desigualdades), ya reavivó en Johannesburgo las dos ideas, la de una mayor capacidad de acción de Naciones Unidas en materia de medio ambiente y desarrollo sostenible (incluyendo seguridad e erradicación de la pobreza) y, sobre todo, la de un impuesto global similar a la llamada tasa Tobin sobre los movimientos más especulativos de capital.

Lo que sí es seguro es que el tema de la Gobernanza global va a estar permanentemente en la agenda política de 2005, dentro del propio proyecto del secretario general de Naciones Unidas para su renovación, ocupando un lugar destacado en la Asamblea General de septiembre.

En lo referente a medio ambiente y desarrollo sostenible, como ya han anunciado Francia y Alemania en el Congreso de Medio Ambiente de 20 de diciembre de 2004, con el apoyo de España, esta mejor Gobernanza global se podría plasmar en la propuesta de los tres gobiernos de transformar el poco eficaz y menor PNUMA (Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente) en una verdadera Agencia Especializada de Naciones Unidas para el Medio Ambiente, o mejor para el Desarrollo sostenible, que equilibrase a la, ahora todo pudiente, OMC.

Aunque el tema de la fiscalidad ahora parece ausente del debate político global (la propia Comisión europea propuso en 1997 en Naciones Unidas, 5 años después de la Cumbre de Río, una tasa al menos sobre el keroseno de aviación que no fue muy bien acogida), muchos percibimos que no va a ser por mucho tiempo, ya que el cambio climático y quizás también el desastre del Sudeste Asiático van a ejercer de elementos dinamizadores al respecto, en primer lugar a nivel comunitario (no parece que ningún Estado miembro pueda acometer los incrementos en la fiscalidad de los carburantes, y de la energía en general, requeridos, aparte de los problemas de distorsión que crearía, como ya ocurre en el caso de las gasolinas) y luego a nivel global, en las discusiones de Kioto 2, que llevan camino de constitucionalizar ciertas obligaciones y derechos para progresar en la protección de ese mayor patrimonio común que es el clima. Tiempo al tiempo y, sobre todo, decisión e imaginación para pasar de «primero, no hacer daño» a «primero, prevenir».

El presidente Chirac ha vuelto sobre sus propuestas en el Foro de Davos al plantear a título experimental una tasa sobre las transacciones financieras internacionales, aunque sea sólo del 1/10.000, para recaudar 10.000 millones de dólares, y otra sobre el keroseno de aviación para recaudar otros 3.000 millones de dólares al año, todo ello con la finalidad de financiar la lucha contra el sida

Hoy ya podemos hablar de la magnitud de los recursos requeridos en particular, para erradicar la pobreza según la llamada Hoja de Ruta presentada el 17 de enero por el secretario general de Naciones Unidas, Kofi Annan, en base al Informe dirigido por Jeffrey Sachs, *Invirtiendo en el Desarrollo. Un plan práctico para conseguir los Objetivos de Desarrollo del Milenio*, que supondrían unos 135.000 millones de dólares en 2006 (0,44% del PIB mundial. Hoy la AOD significa un 0,25% del PIB) y unos 195.000 millones de dólares en 2015 (0,54% del PIB) para reducir la pobreza a la mitad (pasar de 80 dólares a 160 dólares de renta per cápita).

Bastaría con introducir una tasa de algo más del 1/1.000 sobre las transacciones económicas internacionales, o de algo más de 4 dólares por barril de crudo comercializado (menos de lo que varía en algunos meses el precio y ciertamente con repercusiones sobre el precio de unos 2 o 3 céntimos de euro por litro del carburante si se trasladan directamente al consumidor) para atender estas necesidades, o más bien obligaciones, que cuantifica Naciones Unidas ¿Quién podría resistirse abiertamente a tal propuesta en la situación actual? Por el momento no estaría mal empezar con la propuesta del presidente Chirac.

¿Cómo entrar en un proceso de este tipo?

Aparte de la necesaria decisión para entrar en procesos de renovación ética y de introducción de valores y principios, tenemos que ser conscientes de que quizás uno de los grandes desafíos que tenemos que reconocer es el de la necesaria pacificación real de la economía a la que nos resistimos.

Lo mismo que hacemos referencia a principios y valores éticos en general, tenemos que hablar de conceptos que pacifiquen la economía, cuyo soporte parece ser el del paradigma del Desarrollo sostenible, lo que implica superar el principio del PPP o «quien contamina paga» y entrar en el RUPP o «quien usa los recursos paga», con el fin de asegurar su sostenibilidad y aunque «sólo los necios confunden valor con precio», los precios se acerquen cada vez más al verdadero valor de las cosas. También supone que parte de los recursos que se generen en

sistemas impositivos eficaces y progresivos a nivel global se destinen a paliar los aspectos gravosos para los países menos desarrollados que acompañan a la globalización que, o será más sostenible, o no será verdadera globalización.

Nuestro mayor desafío en materia de seguridad ecológica es, sin duda, superar haber dado la espalda al conocimiento en favor de una economía cortoplacista y especuladora. Como dijo Gandhi, hay recursos suficientes para satisfacer las necesidades de todos, pero no para la ambición y las ansias ilimitadas de unos pocos. La mayoría de los desafíos a la seguridad ecológica con los que nos enfrentamos no sólo son creados por nosotros mismos, sino que incluso nos recreamos en ellos. Sólo superaremos esa situación con una exposición del conocimiento y la introducción progresiva de la lógica de la sostenibilidad y la consiguiente pacificación de la economía.

Así lo confirman los analistas convocados por el WWI este año. Si nos empeñamos en mitigar los síntomas de las amenazas globales sin intervenir en las causas que los generan, sin propiciar un cambio en el modelo de desarrollo y sin crear las condiciones para un Buen Gobierno, el cambio no servirá de mucho.

Lo curioso es que el paradigma del desarrollo sostenible, de extracción ciertamente ecologista, provee por primera vez a los movimientos ecologistas con un planteamiento proactivo, que puede, finalmente, aportar un posible final feliz, un «happy end», al hasta ahora argumentado desencuentro entre desarrollo y medio ambiente, sacándoles así de esa marginación política asignada a las políticas de resistencia o reactivas.

Aportaciones, experiencias y perspectivas de la UE

Según Jeremy Rifkin,⁹ el sueño europeo se ajusta más (que el de EE UU) a la nueva etapa del devenir de la humanidad, al ser una fórmula vital más equilibrada que la americana de excesos simétricos en materia de trabajo y de consumo.

En términos similares se expresa Manuel Castells, al plantear como referente a nivel global el sistema político e institucional en construcción en Europa y calificar la UE de emergente «Estado Red» como capacidad más ajustada a los nuevos desafíos y oportunidades de la globalización que la del Estado-nación, que estaría en crisis a este respecto.

La Unión Europea aparecería como reacción y expresión avanzada de la globalización con el doble desafío de preservar el Estado de bienes-

tar y de asegurar el poder de su identidad basada en su diversidad, frente al poder de los flujos. Las nuevas expresiones de las capacidades institucionales de la Unión Europea, con el distinto papel de la Comisión, el Consejo y el Parlamento y la complejidad de las negociaciones en aras de una mayor flexibilidad, harían de la Unión Europea un nuevo modelo de referencia, de «Estado Red», de una red que implica aportar y compartir la soberanía, más que transferirla a un nivel superior, o compartir la autoridad de los estados miembros aceptando asimetrías y especificidades, en una red política, en contrapunto con estructuras políticas centralizadas, y ejemplo de la respuesta de los sistemas políticos al desafío de la globalización.

El desafío sigue siendo, a efectos de hacer frente y aprovechar los beneficios de la globalización, el que los ciudadanos se involucren en el proceso de cambio, y para eso tienen que identificarse con un proyecto de futuro, con una visión de futuro, con la construcción de un modelo que podría establecerse progresivamente en base a la respuesta en curso al objetivo prioritario de la UE de desarrollo sostenible, instrumentado por la implantación simultánea de sistemas mejorados de Gobernanza o Buen Gobierno.

Para disipar dudas sobre cuáles son los objetivos de la UE en lo referente a desarrollo sostenible a nivel comunitario y global, el nuevo texto del Tratado por el que se establece una Constitución Europea dispone:

Art. I-3. Objetivos de la Unión

3. La Unión obrará en pro del desarrollo sostenible de Europa basado en un crecimiento económico equilibrado y en la estabilidad de los precios, en una economía social de mercado altamente competitiva, tendente al pleno empleo y al progreso social y en un elevado nivel de protección y mejora de la calidad del medio ambiente. Asimismo, promoverá el progreso científico y técnico.

4. En sus relaciones con el resto del mundo, la Unión afirmará y promoverá sus valores e intereses. Contribuirá a la paz, la seguridad, el desarrollo sostenible del planeta, la solidaridad y el respeto mutuo entre los pueblos, el comercio libre y justo, la erradicación de la pobreza y la protección de los derechos humanos...

Es conveniente recordar este artículo, porque todavía hay quien discute el concepto de desarrollo sostenible y, sobre todo, su carácter integrador, que implica que su logro progresivo requiere necesariamente el progreso equilibrado y simultáneo de las tres dimensiones, económi-

ca, social y medioambiental, del desarrollo. De la misma manera que no es eficaz ni eficiente concentrarse en solo un aspecto, a no ser que sea por razones de urgencia y a corto plazo, el avance integrado que significa el progreso en el desarrollo sostenible hace redundantes dichos esfuerzos aislados y específicos.

La UE puede y debe mostrar el camino al respecto. El propósito y compromiso político está claro en el texto de Constitución que todos esperamos (aunque con sus limitaciones con respecto al ideal de muchos) entre en vigor y, sobre todo, en aplicación real próximamente, como verdadero compromiso social y cultural, y, sobre todo, que se desarrollen todas las complicitades para crear las condiciones para este cambio, en particular, en materia de capacidades institucionales a nivel de la UE y sus estados miembros, pero también a nivel global y muy en particular en los Organismos de Naciones Unidas.

El hecho de que culpemos a los gobiernos de nuestra situación significa que los ciudadanos seguimos esperando que sean éstos quienes encuentren soluciones. Como señala la propia Comisión Europea, los ciudadanos comunitarios, mientras seguimos esperando que la UE esté en vanguardia (aprovechando las oportunidades de la globalización, enfrentándose a los desafíos ambientales, empleo, seguridad alimentaria, delincuencia conflictos regionales...) desconfiamos cada vez más de las instituciones.

¿Qué esperan realmente los ciudadanos? Que los gobiernos gobiernen bien, que utilicen bien los poderes que les otorgan los ciudadanos, eso y no más es la Gobernanza o el Buen Gobierno, tan necesaria en un mundo cambiante como en el que vivimos. Y esto es necesario a nivel nacional, pero lo está siendo cada vez más a nivel regional y global, y de ahí la importancia de la experiencia comunitaria, o gobierno en red, y su influencia a nivel global.

Existe coincidencia en señalar que los mayores desafíos globales son el cambio climático, las enfermedades contagiosas, los conflictos, el acceso a la educación, la inestabilidad financiera, la gobernanza y corrupción, la malnutrición y el hambre, las migraciones, el saneamiento y acceso a agua potable de calidad y los subsidios y barreras al comercio.

En muchos casos se discute cuáles son las prioridades en cuanto al uso de los recursos disponibles (aunque a veces éstas se dejan aparcadas por razones de urgencia de carácter humano o ético, como ha ocurrido con el maremoto en el Sudeste Asiático), y se señala, con matizaciones, que son las enfermedades contagiosas (VIH-sida y malaria), el hambre y la malnutrición (suprimir deficiencias), y la reforma del mercado

mundial (remover subsidios) los desafíos donde los recursos económicos estarían mejor utilizados.

Sin embargo, todos los analistas suelen coincidir en que las capacidades institucionales son una precondition ineludible para que esta concentración de recursos, en estas prioridades u otras, surtan efecto, y en que finalmente los cambios o la remisión en estos desafíos globales no ocurrirán si no se dan las condiciones para el cambio. En estas condiciones para el cambio aparece siempre el Buen Gobierno y, por supuesto, la mitigación de la corrupción. El establecimiento de estas condiciones para el progreso de cualquier índole y aun más para el desarrollo sostenible, suele ser de coste económico cero, aunque y, ese es el desafío, suele tener un alto coste político en cuanto a los cambios institucionales radicales requeridos, o un efecto en las relaciones exteriores de los países que lo promueven.

La conclusión es simple, se requiere coraje político para abordar los cambios institucionales que el Buen Gobierno requiere a nivel global, nacional, regional y local, y sigue siendo más fácil malgastar ingentes cantidades de recursos en la búsqueda ilusoria de unos cambios y unas soluciones cuyo efecto es temporal o en muchos casos un maquillaje para encubrir nuestra falta de capacidad para provocar las verdaderas condiciones para el cambio, que harían no sólo más eficaces, sino incluso redundantes o innecesarios, muchos programas específicos.

Parafraseando una viñeta de Forges, *El País*, 5 de enero de 2005, «cada vez piden más paz los niños y cada vez se fabrica menos paz»), necesitamos, pedimos e incluso exigimos más cambios pero cada vez se producen menos, o no estamos dispuestos a producir más condiciones para el cambio.

A nivel europeo, ésta ha sido la experiencia concluyente de las evaluaciones de la Agencia Europea de Medio Ambiente. Aunque las políticas ambientales y, en particular, las comunitarias han sido reforzadas y reconocidas como uno de los éxitos comunitarios (ningún país hubiera avanzado más fuera de la Unión), el medio ambiente comunitario no ha mejorado, en general, sustancialmente. Y no mejorará mientras las políticas sectoriales no avancen hacia una mayor sostenibilidad y gobernabilidad de las mismas.

Al final ha sido la falta de eficacia y de coherencia de las políticas la que ha generado la insostenibilidad de las mismas, el uso ineficaz de los recursos naturales y tecnológicos y las degradaciones ambientales. Las políticas ambientales, por más potentes que sean, no pueden neutralizarse con soluciones de final de línea, y lo que es más, dichas

políticas no pueden reconducirse si faltan los procesos institucionales, las formas de Buen Gobierno para reconducirlas.

De aquí surgió el que la Gobernanza fuera uno de los elementos de referencia para la reforma institucional a emprender en el desarrollo de la Constitución Europea, y en particular para que el propio Consejo Europeo se comprometiera a partir del año 2000 en una Agenda integradora, la Agenda Socioeconómica de Lisboa, con el fin de superar las políticas sectoriales, y luego en 2001 en la Estrategia de Desarrollo sostenible, llamada de Gotemburgo, con objetivos a medio y largo plazo, aunque, quizás para muchos, demasiados y demasiado ambiciosos, en las tres dimensiones, social, económica y ambiental, del desarrollo, para darles eficacia y coherencia a las distintas políticas comunitarias.

Lo que se persigue finalmente es dotar a las políticas comunitarias de visión, propósito y sentido de la dirección, por lo que también se ha establecido un sistema de seguimiento y control (con informes anuales mediante indicadores estructurales de progreso), que además perfecciona los procesos políticos comunitarios en los aspectos de transparencia, rendimiento de cuentas y apertura a la participación de la sociedad civil, al menos intencionalmente, y así avanzar simultáneamente en la Gobernanza y el desarrollo con futuro o desarrollo sostenible.

Es cierto que muchas de las propuestas en las que abundaba la Comunicación sobre la Gobernanza se han quedado en eso, en meras propuestas, en particular las referentes a:

- Transparencia, comunicación más eficaz y no excluyente (parecen no quererlo parte de los burócratas).
- Menos cantidad de normas y de mayor calidad (parece ser que la única forma de neutralizar el Parlamento Europeo y que no pueda ocuparse de temas estratégicos es inundarle de propuestas detalladas. (Poco uso de la corregulación, dejando a los agentes las normas de aplicación.)
- Más interacción con los niveles regional y local (los «hacedores» finales), mayor flexibilidad en la aplicación de políticas con su adaptación a las circunstancias regional y local (incluso con «contratos tripartitos por objetivos») y, sobre todo, mayor incidencia de la dimensión territorial con integración de las políticas comunitarias a nivel territorial (poco desarrollo por razones de subsidiaridad, de la propuesta de «Perspectivas del Desarrollo Territorial Europeo 1999»).

- Las limitaciones en la participación de los estados miembros en las estrategias políticas globales que se desarrollan a nivel UE, y conseguir que éstos compartan los objetivos referidos a la mejora del capital humano, conocimientos y aptitudes, el reforzamiento de la cohesión social y competitividad y la respuesta eficaz a los desafíos medioambientales.

Aunque no es menos cierto que en 2005 se nos presenta una gran oportunidad para mitigar estas carencias con la revisión de la Agenda Socioeconómica de Lisboa y de la Estrategia de Desarrollo sostenible de Gotemburgo, como agendas políticas a medio y largo plazo y su reflejo en las Perspectivas Financieras para el período 2007-2013 que debieran aprobarse a mediados de año, y con en el Pacto de Estabilidad, donde los estados miembros tienen intereses que distorsionan las agendas y estrategias a largo plazo al traducirlas en búsquedas presupuestarias cortoplacistas que limitan el mantenimiento de visiones coherentes de futuro (no importa en qué o para qué se utiliza el presupuesto comunitario, lo que le importa realmente a cada país es aportar menos recursos y obtener más retornos).

También es cierto que se ha avanzado en los siguientes aspectos:

- Mayor participación de la sociedad civil en la elaboración de las políticas (Libros Blancos/Verdes, sistemas de consulta, a veces demasiado abiertos, como en la iniciativa de sustancias químicas REACH), aunque siguen existiendo diferencias notables Norte-Sur y no se han establecido las bases de datos sobre las ONG propuestas.
- Desarrollo de vínculos con redes orientadas a objetivos específicos.
- Reforzamiento y clarificación de la participación de científicos y expertos (independientes de los órganos sustanciales), difusión de opiniones, recurso al principio de precaución en comités y órganos de consulta.
- Recurso al llamado método abierto de coordinación (en áreas de limitada competencia comunitaria), asociación de estados miembros en relación a los planes nacionales de seguimiento, aunque la exclusión del Parlamento Europeo puede ser preocupante, recurso a directivas marco y legislación primaria o básica dejando a la Comisión las normas derivadas y recurso a agencias externas incluso reguladoras.
- Contribución a la Gobernanza mundial, como la posición decidida y reforzada en negociaciones y convenios multilaterales (caso del

Protocolo de Kioto), apoyo decidido a la modernización y reforma de instituciones internacionales y multilaterales, incluso en materia de recursos financieros y al desarrollo de nuevos instrumentos extendiendo las experiencias de la Organización Mundial de Comercio y del Tribunal Internacional de Justicia. Además, como señalábamos anteriormente, algunos países comunitarios, como Francia y Alemania, están proponiendo, con el apoyo ya anticipado de España, una Agencia especializada de Naciones Unidas en materia de medio ambiente que pudiera equilibrar el peso de la OMC y proporcionar a la globalización esa dimensión social y ambiental que le falta para poder calificarla de positiva y sostenible, y avanzar con ello en el apoyo a la propuesta de Naciones Unidas de desarrollar instituciones colectivas y con sentido de responsabilidad colectiva.

- Centrar las políticas y el marco institucional de la Unión Europea para definir claramente desde una visión global las políticas y objetivos de la Unión Europea en el marco las metas ya fijadas (Tampere 1999: Libertad-Seguridad-Justicia. Lisboa 2000: Reforma Económica y Cohesión Social. Gotemburgo 2001: Desarrollo sostenible). Es de esperar que, finalmente, sea el desarrollo sostenible el que fije también el marco para todas estas iniciativas integradoras, aunque a veces se queden en coyunturales, ya que en vez de relacionar, priorizar y hacer bueno lo ya decidido suelen lanzarse en fútiles «huidas hacia delante», tentación comunitaria muy común.

Es en estos momentos cuando más necesitamos pasar de posiciones reactivas (detrás de los acontecimientos) a proactivas (conformar el futuro anticipándolo), cuando necesitamos superar las llamadas por Pierre Riseau «políticas negativas» o de descalificación o utilización abusiva de la realidad para ofuscarnos en ella (al memorizarse cinco veces más) que conforman lo que el mismo autor ha calificado de «democracia negativa» (en referencia al EE UU de George Bush), cuando debemos reivindicar los principios de prevención y precaución, así como las posibilidades del modelo europeo, al que Manuel Castells concede la capacidad de ser la formación que puede enfrentarse con más éxito a los desafíos actuales en tanto que «Estado Red» o de soberanías compartidas.

Es sin duda el momento de reivindicar el modelo social, de seguridad en el trabajo y las prioridades ambientales europeas, que si finalmente reflejan las preferencias de la sociedad son además fuente de ventajas competitivas, como se ha demostrado con la apuesta decidida de la UE por el protocolo de Kioto. El propio semanario *The Economist*

(octubre 2005) concluye que Kioto podría proporcionar a la UE un margen de competitividad, «a competitive edge», no en vano la Unión Europea es ya líder mundial (y España con ella) en materia de energías renovables, y se demostrará aun más cuando se ponga en marcha el proyecto REACH de control de sustancias químicas, tan temido como denostado por la industria de EE UU.

El logro del modelo europeo requiere innovación, cambios estructurales y desarrollos estratégicos para pasar de ser «follower» a «leader». Si EE UU se ha anticipado hasta ahora es porque decide dónde hay que estar. Con Kioto ha sido la UE la que ha ayudado a decidirlo: hay que estar con el mundo.

Lo que se persigue es conformar un marco «sostenible» más exigente, innovador y competitivo, con un alto (o suficiente) nivel de protección/calidad de vida que además garantice (normas) a la industria, la no discrecionalidad (controles) y la predictibilidad (vocación de permanencia) y su necesaria implicación y participación en una globalización más sostenible.

Lo deseable sería que los europeos consiguiéramos concienciarnos a todos los niveles (estos cambios tienen una dimensión ética, cultural e incluso estética que sólo la comunicación y la participación pública puede facilitar, de aquí que sea una de las prioridades de la actual Comisión) de que este progreso en el Buen Gobierno y en el desarrollo sostenible a nivel comunitario y su traslado a nivel global (la experiencia de la Unión Europea como referencia) es necesario para contribuir a asegurar un mayor bienestar de los europeos y del resto del mundo, forzosamente simultáneos y condicionados. Como dice Vandana Shiva, «algunos tenemos que cambiar para que todos vivamos mejor», reflexión oportuna y urgente ya que no parece haber otro camino.

La próxima cita será en septiembre de 2005 en Nueva York, donde el mundo espera que la Unión Europea (y sus estados miembros) llegue con los deberes hechos y reafirme su compromiso con los Objetivos del Milenio, y produzca algunos nuevos a más corto plazo, incluidas las respuestas a la Hoja de Ruta del secretario general de Naciones Unidas. No será fácil, pero no parece haber otro camino hacia un futuro mejor.